

lo que ella nos mande es lo mejor para lograr el fin á que nos destinara.

¡Qué vida disfrutaremos en el paraíso celeste! Perdurable, eterna, sin que jamás nos agite el más leve temor de que un accidente imprevisto venga á poner término á tanta felicidad. Circundada el alma de una dicha inefable, dotado el cuerpo de una impasibilidad á toda prueba, jamás la menor dolencia vendrá á turbarnos; jamás una lágrima empañará nuestros párpados. Poseedores de Dios á quien veremos cara á cara, seremos dueños de la fuente de las riquezas; y reyes coronados, todos y cada uno de los habitantes de esa mansión de gloria, seremos honrados aun más allá de nuestros méritos, aun más allá de nuestras esperanzas: *nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* (Ps. CXXXVII, 17.)

Al conseguir, pues, nuestro último fin, poseeremos en grado eminente los bienes que tanto preciamos en la tierra: vida, salud, riquezas, honores. En nuestro propio interés, por tanto, y aun según las máximas de la prudencia mundana, está el despreciar lo transitorio por lo duradero, lo incierto por lo seguro, lo temporal por lo eterno.

Pero, me diréis quizá, bien convencidos estamos de estas verdades; y cuando allá en momentos de fervor ó en la soledad del retiro nos hemos puesto á meditarlas, ¡qué resoluciones no hemos formado de permanecer indiferentes á las cosas de este mundo, para poner nuestro afecto tan sólo en las eternas! Ahora, empero, que se trata de la vida real; ahora que estamos en peligro de perder nuestras haciendas; ahora que estamos padeciendo los horrores del hambre, no podemos resignarnos á las

desgracias que nos sobrevienen, ni permanecer con esa igualdad de ánimo que se nos sugiere.

Bien lo conozco, Señores; aunque el espíritu esté preparado, la carne es siempre flaca y se resiste al sufrimiento. Bien me imagino que al veros próximos á descender de la posición que habéis estado acostumbrados á ocupar, poco os consuela el pensar en vuestro último fin, sabiendo que en todos los estados se puede alcanzar, y que si ha habido Santos labradores y mendigos, también los ha habido reyes y emperadores. Bien me figuro que á vuestras hijas y á vuestras esposas, al despojarse de sus suntuosas alhajas y sustituir humildes trajes á las fastosas vestiduras de otros tiempos, poco aliviará el imaginarse que en los celestes alcázares las cubrirá esplendente manto de gloria. Sufre la naturaleza al pensar siquiera en que pueden suceder semejantes cambios; y á quien no está muy imbuido en las doctrinas espirituales, las máximas que os vengo inculcando parecen en estos momentos aun inoportunas.

Escuchad, pues, algunas reflexiones no fundadas en tan difícil base y más acomodadas á quien es novicio en la vida cristiana. Decidme: ¿caso todos los que ahora veis pobres y desvalidos descenden de infelices como ellos, y de generación en generación no les han transmitido sus abuelos sino la inopia? ¡Ah! Bien cierto estoy que me responderéis negativamente, y que os acordáis de muchos cuyos padres fueron quizá más opulentos que vosotros mismos, y lejos estaban de prever al morir el triste destino de sus hijos. Instables son las riquezas, y no se necesita ser profundo observador, ni haber vivido largos años, para ver cuán raro es que se conserve en

una familia el esplendor por largo espacio de tiempo. Una generación recoge y otra esparce, y la fortuna que el padre ha dejado al morir, el hijo en breves días la disipa. Ahora bien, cuando esto nos enseña la cotidiana experiencia, ¿de qué os afligís porque vuestros bienes están en peligro de perderse momentos antes de lo que en el curso natural de los sucesos hubiera acaecido? Si bien lo meditáis, más conveniente es bajo todos aspectos perderlos mientras aún vivís, que no el que vuestros herederos los dilapiden después de vuestra muerte. Así pasaréis de esta vida sin vanas ilusiones, sabedores que vuestros hijos ya han probado la desgracia, y contentos con haberlos vosotros mismos amaestrado al trabajo en los últimos días. Así estaréis seguros que no disiparán en vicios y vanidades la herencia que les preparabais, y no se hallarán, en la mitad de su carrera, sin bienes y sin hábitos de trabajar para ganar la subsistencia. Así libres de un fardo que, especialmente en los últimos años, sólo da angustias y sudores, podréis con mayor tranquilidad prepararos á rendir al Juez Supremo estricta cuenta de vuestras acciones.

¡Ea, valor! ¿Para cuándo dejáis la ocasión de mostrarnos verdaderamente cristianos? No es en la palestra sino en la arena donde se ha de probar al atleta, os diré con el Crisóstomo. ¿Qué importa que el joven guerrero se muestre hábil esgrimidor en la escuela, y maneje con singular destreza el florete, si cuando llega el momento de la lucha suelta la espada y se deja herir sin resistencia? Así el cristiano, continúa el Santo Doctor; aunque profese las más sublimes doctrinas, aunque conozca á fondo las verdades más arcanas de nuestra santa Reli-

gión, nada aprovechará si, cuando llega la hora de ponerlas en práctica, se muestra tan cobarde como la tier-na doncella que no ha nacido para el peligro.

¡Quiera el Señor alejar de todos, los males que nos amenazan! Pero si acaso su Divina Majestad se sirviere alimentaros con el pan de la tribulación, estad desde ahora aparejados á recibirlo con el mismo alegre semblante con que aceptarais el convite de la prosperidad. Poned ante vuestros ojos el ejemplo de aquel santo gentil, cuyo nombre se ha hecho glorioso por esa indiferencia que hoy os predico, por esa igualdad de ánimo con que pasó de la mayor prosperidad á la más espantosa indigencia, y de la inopia otra vez á la abundancia. Recordad al Santo Job, y repetid con él desde ahora sus memorables palabras: el Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea su santo nombre. *Dominus dedit: Dominus abstulit: sit nomen Domini benedictum.* (JOB, I, 21.)

Y si, por el contrario, en medio de las desgracias generales pluguiese al Omnipotente favoreceros, y alabrarse á los sitiadores las puertas de nuestra afligida ciudad, os llegase la vez de poseer los bienes temporales de que á otros en sus arcanos juicios despoja, ¡oh! recordad la suerte de tantos que antes de vosotros han sido opulentos. No olvidéis que sólo las riquezas del reino de los cielos son permanentes, y que las de este mundo pasan de unas manos á otras manos con asombrosa rapidez.

Otro tanto os digo á los que, poseyendo honores, estáis en vísperas de perderlos, ó no teniéndoles estáis próximos á ganarlos. No olvidéis que sólo habéis de desearlos si os conducen á vuestro último fin, y ¡oh, cuán raro es que el brillo mundanal nos permita llevar la cruz

de Jesucristo! Bien lo sabéis los que habéis sido alguna vez revestidos de mando, ó distinguidos con cargos honoríficos. Por cada flor hay cien espinas; por cada placer mil congojas; por cada honor un sinnúmero de humillaciones. Y todo es un padecer estéril, sin fruto, en el término sin provecho alguno, antes bien productivo de irreparables daños. ¡Ah! Buscad sólo el reino de Dios, y sed indiferentes al honor y al deshonor: antes bien suspirad por la ignominia si os ha de traer honores sempiternos; aborreced el brillo si os ha de acarrear eterna oscuridad.

Ni á tí te abandone jamás la misma igualdad de ánimo, joven á los ojos del mundo desventurado, que mientras ves á tus coetáneos y compañeros de armas robustos y sanos, yaces sobre tu lecho desangrándote por dolorosa herida, y sintiendo que la muerte se acerca á cada instante y va á descargar su golpe fatal, aun antes que termines tu quinto lustro. No te contristen tus amargos padecimientos, ni te aterrorice la temprana muerte que te espera. Dichoso tú mil veces, que en tu larga y penosa dolencia recibes una prueba incontestable del inmenso amor y predilección de aquel Señor que castiga á los que ama, y se complace en atribular á sus escogidos. Feliz mil veces tú, que depurado por los sufrimientos vas á volar bien presto á los brazos del Altísimo y á conseguir tu último fin.

Enjuga tus lágrimas, oh madre que gimes al lado de su lecho; cesa de llorar, oh niña, que esperabas unirte á él en santa coyunda. ¿No veis que el Señor os lo arrebató antes de que su alma se haya corrompido, antes que lo haya contaminado el fango de la tierra? Sed in-

diferentes; que Dios sabe mejor que vosotros si os conviene la vida larga ó la breve, si le serviréis mejor en la salud que en la enfermedad.

Plegue al cielo, Hermanos míos, que siempre conservéis esta indiferencia en los sucesos que os acontezcan en la vida privada. Plegue al cielo que en las calamidades públicas que pesan sobre nosotros, y serán mañana más graves, vuestro pecho se revista siempre de invicta constancia.

PUNTO SEGUNDO.

Siglos antes que sucedieran, ya Jesucristo predecía á sus discípulos las plagas con que había de afligir al mundo en los últimos días. Terremotos, tempestades, hambres, pestes, guerras, sediciones, turbulencias, cuantos desórdenes puede haber en el aire, en la tierra, en el cielo, en el mar, tantos anunciaba de antemano, añadiendo la consoladora expresión: *no os aterroricéis; nolite terreri*. San Gregorio Magno, al comentar este pasaje, nos da la razón de tan temprano anuncio, recordándonos que cuando vemos al arquero que va á disparar su flecha sobre nosotros, podemos esquivarlo, y aunque nos hiera su saeta, es menor la herida que cuando sin ver al que la arroja no está en nuestra mano escapar el cuerpo: *minus jacula feriunt quæ prævidentur*. A otros tocó la misión de anunciaros, antes que llegaran, las calamidades que pesaban sobre vuestras cabezas; la mía se reduce á consolaros después que nos han sobrevenido, repitién-

doos las palabras de Jesucristo: *no os aterroricéis, nolite terreri*.

Pero ¿qué necesito advertiros lo que ya estáis acostumbrados á padecer hace tantos años? Las sediciones y las guerras se han hecho ya vuestro pan cotidiano; la peste es nuestro estado normal; el hambre viene periódicamente; los terremotos nos sacuden con frecuencia.

Y, sin embargo, á pesar de lo habituados que hemos estado á tantas y tan diversas calamidades, no las recibimos con la calma que debiéramos, y cuando alguna tregua tenemos, nos llenamos de terror al anuncio de una nueva plaga. Es porque no hemos sacado de las pasadas calamidades el fruto que Dios quiere que saquemos, y en vez de enmendarnos de nuestros pecados, los aumentamos cada día más y más, y mientras más años trascurren menos preparados nos hallamos á sufrir los castigos que el Señor nos envía. ¡Oh! No me cansaré de repetiros: revestíos de indiferencia; dejad vuestro vano terror; *nolite terreri*.

Conozco en verdad, cuán difícil es la tranquilidad que os pido. Si la igualdad de ánimo es dura en las desgracias privadas, lo es mucho más cuando se trata de calamidades generales. Al fin llega uno á resignarse á la pérdida de un hijo, de una madre, de una esposa, cuando la muerte se anuncia como de ordinario y viene paso á paso y al tiempo que debe ser aguardada; cuando quedan en torno otros muchos que consuelen en su desgracia á la desolada familia. Pero cuando viene la muerte con mayor saña que nunca y, descargando sus golpes á diestra y á siniestra, aquí hiere al padre, allí derriba al hijo, allá arrebatata á la esposa, más allá arroja por